



Libres, iguales y felices

Cuentos de jóvenes estudiantes del MERCOSUR
por una cultura sin violencia hacia las mujeres



MERCOSUR
RAADH
Reunión de Altas
Autoridades sobre
Derechos Humanos



MERCOSUR
IPPDH
Instituto de Políticas Públicas
en Derechos Humanos



Libres, iguales y felices

Cuentos de jóvenes estudiantes del MERCOSUR
por una cultura sin violencia hacia las mujeres



Instituto de Políticas Públicas en Derechos Humanos del MERCOSUR (IPPDH)

Director Ejecutivo del IPPDH

Remo Carlotto

Coordinación y compilación

Cecilia Batemarco

Diseño y diagramación

Paula Beinstein

© IPPDH, *Libres, iguales y felices: Cuentos de jóvenes estudiantes del MERCOSUR por una cultura sin violencia hacia las mujeres*

Primera edición: abril, 2022

ISBN: 978-987-46093-5-9

Esta publicación reúne los cuentos seleccionados en el Concurso: “La educación media por una cultura sin violencia hacia las mujeres”, organizado por el IPPDH en el marco de la Campaña regional “Libres, Iguales y Felices”, desarrollada por mandato de la Comisión de Género y Derechos Humanos de las Mujeres de la Reunión de Altas Autoridades sobre Derechos Humanos del MERCOSUR (RAADH).

Están autorizadas la reproducción y la divulgación del libro, total o parcialmente, sin fines comerciales, siempre que se cite la fuente. Las opiniones expresadas en este documento son de exclusiva responsabilidad de sus autores y pueden no coincidir con las del IPPDH o las de los Estados Partes y Asociados del MERCOSUR.

IPPDH | Av. Libertador 8151 C1429BNC | Ciudad de Buenos Aires, Argentina | +5411 5217-1288 | www.ippdh.mercosur.int | info@ippdh.mercosur.int

Índice

Presentación	6
Apresentação	9
Concurso “La educación media por una cultura sin violencia hacia las mujeres”	12
Cuentos	
El café de la empresa, <i>por Lethícia Pacheco Justo, Nathália Pacheco Justo y Sofia Zem Hussar</i>	14
Tres cuadras, <i>por Luna Morena Pallás Spaccesi</i>	16
Un nuevo despertar, <i>por Evelyn De Jesús Aguilera Rivas</i>	19
Confusión de los primeros años, <i>por Catalina Molinari</i>	22
Abhay. Sin miedo, <i>por Román Arce Ferreyra</i>	25
Artemisa, <i>por Delfina Cuevas González</i>	27
Comodidades extinguidas, <i>por Lola Paz Kornhauser</i>	29
De todos modos, <i>por Lina Teresita Armoa Chávez</i>	31
Deixe a cabra viver, <i>por Patenopy Gama Guimarães</i>	34
Dificultades de una mujer de campo, <i>por Mario Sergio Libardi Galli, Sofia Gimenez Balistieri y Caio Marques Bertolucci</i>	38
El anhelo de los sueños, <i>por Aixa Noelia Miño</i>	40
Ella, <i>por Manuela Mutis</i>	42
Então, você tem filhos?, <i>por Joyce Maravilha Gomes da Silva</i>	44
Es hora de dejarme ir, <i>por Penélope Paz Rubido Cuadro</i>	47
Hago esto por ustedes, <i>por Melissa Aylén Ricart</i>	49

Invitación, <i>por Julia Cerruti</i>	51
La fábrica de muñecas, <i>por Maité Jones Capello</i>	54
Las viejas leyendas de la abuela, <i>Federico Fernández Geller</i>	56
Mañana sé que será mejor, <i>por Tirsa Juliana Fernández Giménez</i>	58
No fue mi culpa, <i>por Carmela Trejo Rodríguez</i>	61
Por generaciones, <i>por Juliana Barnabé, Maria Laura Piotto Gonçalves, Nelson Leonardo Paixão Krik</i>	63
Que tus derechos no sean un cuento, <i>por Agustina Rainaudó</i>	65
Senzala, Casa Grande e Quilombo, <i>por Izabella Carneiro</i>	67
Simples sueños, grandes cambios, <i>por Milagros Ruppel y Ezequiel Martínez Donaire</i>	69
Sin miedo, <i>por Joana Belén Macedo Aguiar</i>	72
Todas juntas, <i>por Sofía Moreiro</i>	74
Transformando Olhares, <i>por Cecília Barreto Pontes</i>	76
Una lucha de todos los días, <i>por Clara Cagnoli, Sofía Velázquez y Franca Strobel</i>	78
Valió la pena, <i>por Clara Abiuso</i>	80
Volar alto, <i>por Santino Bernacchi</i>	82
Acerca de las autoras y los autores	84

Presentación

Remo Carlotto

Director Ejecutivo del IPPDH

Este libro reúne treinta cuentos realizados por jóvenes estudiantes del MERCOSUR y es una expresión del compromiso por promover una cultura sin violencia hacia las mujeres y defender y proteger los derechos humanos.

Los cuentos fueron seleccionados en el marco del Concurso: “La educación media por una cultura sin violencia hacia las mujeres”, organizado en 2021, que integra la campaña regional “Libres, Iguales y Felices”, desarrollada por el Instituto de Políticas Públicas en Derechos Humanos del MERCOSUR (IPPDH) por mandato de la Comisión Permanente de Género y Derechos Humanos de las Mujeres de la Reunión de Altas Autoridades sobre Derechos Humanos del MERCOSUR (RAADH).

El Concurso estuvo dirigido a estudiantes de 14 a 18 años de instituciones educativas públicas y privadas de Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay con el fin de que exploren su creatividad a través de cuentos escritos que, a su vez, les permitan reflexionar y contribuir a sensibilizar, informar y difundir los derechos de las mujeres, en el marco de la Convención sobre la Eliminación de Todas las Formas de Discriminación contra la Mujer (CEDAW).

Los cuentos de este libro invitan a reflexionar sobre el efectivo goce de derechos por parte de las mujeres y de la necesidad

de seguir trabajando para poner fin a las estructuras y patrones culturales que aún existen de desigualdad, discriminación y violencia basadas en género.

En su conjunto, los cuentos dan cuenta de la mujer en toda su diversidad y abordan temas de la vida cotidiana en el ámbito doméstico y en el público, en la vida íntima, en materia de educación, trabajo y participación política.

Cada cuento se publica en el idioma en que fue enviado, en español o en portugués, y algunos incorporan frases en guaraní o en otro idioma con su correspondiente traducción.

Libres, iguales y felices es una apuesta a la consolidación de una cultura de derechos humanos en el MERCOSUR, basada en la libertad y en los principios de igualdad y no discriminación, que reconoce la importancia de la felicidad y el bienestar como aspiraciones universales de los seres humanos, partiendo de la premisa de que la felicidad individual está vinculada a la felicidad y el bienestar colectivo.

Desde el IPPDH, agradecemos a cada una de las integrantes del jurado, que fueron designadas por los Estados de la región, por su trabajo comprometido, profesional y minucioso para leer todos los cuentos recibidos y poder realizar la selección conjunta y otorgar cuatro menciones atendiendo al equilibrio de países.

Asimismo, en particular va nuestro agradecimiento a cada docente y a cada integrante del cuerpo educativo de las instituciones de la región que promovió este concurso entre estudiantes bajo el convencimiento de que cada acción cuenta para generar un cambio y construir la sociedad que queremos.

Y, sobre todo, agradecemos y felicitamos a cada joven que participó en el concurso por haber convertido su compromiso en acción para poner fin a la violencia hacia las mujeres y contribuir a construir sociedades libres, igualitarias, inclusivas y respetuosas de los derechos humanos.

Apresentação

Remo Carlotto

Director Executivo do IPPDH

Este livro reúne trinta contos escritos por jovens estudantes do MERCOSUL e é uma expressão do compromisso de promover uma cultura sem violência contra as mulheres e de defender e proteger os direitos humanos.

Os contos foram selecionados no âmbito do Concurso “Educação média para uma cultura sem violência contra as mulheres”, organizado em 2021, que integra a campanha regional “ Livres, Iguais e Felizes”, desenvolvida pelo Instituto de Políticas Públicas em Direitos Humanos do MERCOSUL (IPPDH) por mandato da Comissão Permanente de Gênero e Direitos Humanos das Mulheres da Reunião de Altas Autoridades sobre Direitos Humanos do MERCOSUL (RAADH).

O Concurso foi destinado a estudantes de 14 a 18 anos de instituições de ensino públicas e privadas da Argentina, Brasil, Paraguai e Uruguai para que explorassem sua criatividade por meio de histórias escritas que, por sua vez, lhes permitissem refletir e contribuir para sensibilizar, informar e divulgar os direitos das mulheres, no âmbito da Convenção sobre a Eliminação de Todas as Formas de Discriminação contra a Mulher (CEDAW).

Os contos deste livro nos convidam a refletir sobre o gozo efetivo dos direitos pelas mulheres e sobre a necessidade de conti-

nuar trabalhando para acabar com as estruturas e padrões culturais ainda existentes de desigualdade, discriminação e violência de gênero.

Como um todo, as histórias dão conta da mulher em toda a sua diversidade e abordam temas da vida cotidiana nas esferas doméstica e pública, na vida íntima, em questões de educação, trabalho e participação política.

Cada conto é publicado no idioma em que foi enviada, em espanhol ou português, e algumas incluem frases em guarani ou outro idioma com a tradução correspondente.

Livres, iguais e felizes é uma aposta à consolidação de uma cultura de direitos humanos no MERCOSUL, baseada na liberdade e nos princípios de igualdade e não discriminação, que reconheça a importância da felicidade e do bem-estar como aspirações universais do ser humano, partindo da premissa de que a felicidade individual está ligada à felicidade e ao bem-estar coletivo.

Desde o IPPDH, agradecemos a cada uma das integrantes do júri, que foram nomeadas pelos Estados da região, pelo seu trabalho comprometido, profissional e metódico para ler todos os contos recebidos e para realizar a seleção conjunta e premiar quatro menções, atendendo o equilíbrio de país.

No mesmo sentido, expressamos o nosso agradecimento a cada professor e a cada membro do corpo educativo das instituições da região que promoveram este concurso entre os alunos com a convicção de que cada ação conta para gerar a mudança e construir a sociedade que queremos.

E, sobretudo, agradecemos e parabenizamos cada jovem que participou do concurso por ter transformado seu compromisso em ação para acabar com a violência contra as mulheres e contribuir para a construção de sociedades livres, igualitárias, inclusivas e respeitosas dos direitos humanos.

Concurso de cuentos: “La educación media por una cultura sin violencia hacia las mujeres”

El Concurso de cuentos: “La educación media por una cultura sin violencia hacia las mujeres” fue organizado en el marco de la campaña regional “Libres, Iguales y Felices”, desarrollada por el IPPDH por mandato de la Comisión Permanente de Género y Derechos Humanos de las Mujeres de la RAADH.

El concurso fue lanzado en junio de 2021 y abierto a la participación en una primera instancia hasta el mes de septiembre y luego prorrogado hasta el mes de octubre de ese año.

La propuesta tuvo como fundamento contribuir a visibilizar los derechos de las mujeres reconocidos en la Convención sobre la Eliminación de Todas las Formas de Discriminación contra la Mujer (CEDAW), centrándose en los siguientes ejes: igualdad y no discriminación; participación política; educación; trabajo y mujeres rurales e indígenas.

El concurso estuvo dirigido a estudiantes de 14 a 18 años de instituciones educativas públicas y privadas de Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay, con el propósito de que exploren su creatividad a través de cuentos escritos que, a su vez, les permitan reflexionar y contribuir a sensibilizar, informar y difundir los derechos de las mujeres. Participaron, de forma individual o grupal, 46 jóvenes de instituciones educativas de los Estados Partes del MERCOSUR.

El jurado estuvo integrado por la escritora argentina Raquel Robles; Stéfane Natália Ribeiro e Silva, Coordinadora de la Asesoría Especial de Asuntos Internacionales del Ministerio de la Mujer, la Familia y los Derechos Humanos de Brasil; María Gloria Recalde Báez, Directora General de Prevención y Atención contra la Trata de Personas del Viceministerio de Protección de los Derechos de las Mujeres de Paraguay; Gloria Canclini Ottom, Directora de Derechos Humanos del Consejo Directivo Central de la Administración Nacional de Educación Pública (CODICEN-ANEP) de Uruguay, y Cecilia Batemarco, Especialista en Comunicación y Cultura del IPPDH.

El jurado otorgó cuatro menciones, atendiendo a un equilibrio entre países y seleccionó treinta cuentos que se presentan en esta publicación.



El café de la empresa

*Lethicia Pacheco Justo,
Nathália Pacheco Justo y Sofia Zem Hussar*

Preparándose para un día de gran importancia en su trabajo, Daiana se servía un café en una pequeña mesa al final del pasillo, donde reinaba un silencio absoluto.

De repente, Ramón, un hombre exitoso y recién contratado por la empresa para un cargo respetable, rompió la calma y rudamente le ordenó que le llevase una taza de café para su oficina que, en realidad, estaba bien enfrente de donde estaban y para donde él se dirigió antes de que ella pudiese decir algo.

Aún confundida, Daiana se dirigió a la sala donde se evaluaría el lanzamiento de un nuevo producto.

Unos minutos después, ya impaciente, Ramón esperaba su café en su sala checando la hora a cada segundo. Esperó un poco más e irritado, se levantó de la silla para buscar a la chica con su café y la encontró frente a la sala de reuniones. Furioso, preguntó cuál era el motivo por el cual todavía no había recibido su bebida. Sin dejar que la mujer le responda nuevamente, exigió que le trajera el café solicitado antes del inicio de la reunión y entró furioso en la sala. Daiana también entró enseguida.

El recién contratado en la empresa se sentó en la silla con su nombre en la mesa ovalada del salón, donde había flores y una

decoración moderna. Todavía esperando por su café, vio a Daiana entrando en la sala y caminando hacia la silla del jefe responsable por la aprobación del producto. Fue entonces cuando, muy enojado y confundido, comenzó a hacerle un gesto para que ella se levantase del asiento del jefe y le trajera la bebida. En ese momento notó las expresiones de asombro de los presentes y se dio cuenta de su enorme error. Daiana no solo era la jefa, sino también la dueña de la empresa.

Después de esa humillación, Ramón permaneció en su lugar y no dijo una palabra durante toda la reunión.

Con eso aprendió que no debería nunca sacar conclusiones o presumir algo sobre alguien apenas por su género, después de todo, no tiene ningún sentido tener esa mentalidad en los días actuales.

Este cuento recibió la primera mención del Concurso de cuentos:
“La educación media por una cultura sin violencia hacia las mujeres”



Tres cuadras

Luna Morena Pallás Spaccesi

—Andá a comprar el pan, Violeta. Que te acompañe tu hermano.

Esa frase de mamá es rutina. La que hace las compras soy yo. Pero nunca voy sola. Lucas viene conmigo. Y no es que yo no sepa el camino. De hecho, siempre voy unos pasos delante. Él es una especie de guardaespaldas.

A veces me quejo. Me siento asfixiada. Cuando caminamos uno al lado del otro no me deja ir del lado de la calle. Yo por dentro, él por fuera. Es la regla. Otros días me encuentran menos combativa y le agradezco. A final, me hace sentir segura.

Hoy no hay nadie en casa. Y tengo hambre. Mamá llevó a Frida al veterinario. Lucas está en el club. En fin. Estoy sola. Y tengo hambre.

Sobre la mesada encuentro cien pesos. De sólo imaginarme criollos calientes se me hace agua la boca. Sin pensarlo, me abri-go, busco las llaves y salgo.

Son sólo tres cuadras. Llego a la primera esquina sin dificultad. Cruzo a la manzana del frente. Y gritan mi nombre. Me paraliza. Giro despacio la cabeza hacia el local del lado. Es Tito. El carpintero.

—Hola Tito. ¿Cómo le va? Inmenso susto me ha dado.

—¿Asustarla yo a usted? La sorpresa me la he llevado yo, al verla caminar sola. ¡Cuídese jovencita!

Sigo. Me retumba en la cabeza la advertencia del señor. Freno en la esquina y espero al semáforo rojo. Está en verde todavía, pero igual, un auto paró. ¿Qué quiere? ¿Por qué no sigue? Intento ver quién está detrás de ese vidrio polarizado. No sé quién es. Es una mujer. Eso me tranquiliza. Tal vez sólo quería dejarme pasar. Cruzo. Hago contacto visual con la señora. Su mirada cómplice me calma. Entonces le tiendo la mano en señal de gracias.

Leo a lo lejos “La panadería de Pancha”. Por un segundo me permito bajar la guardia e imaginar las exquisiteces que me esperan.

—¡Violeta! ¿Qué haces sin Lucas?

—Hola Pancha. Un kilo de criollos por favor.

La cajera me extiende el vuelto. No lo quiero agarrar. No quiero emprender el camino de regreso. Pero no hay opción. Tomo el dinero y salgo de nuevo a la calle.

En la esquina, tres hombres. ¿Qué hacen ahí? No tengo forma de averiguar sus intenciones. Ante la duda, decido cambiar de vereda.

Siento alguien caminar detrás de mí. Y no es Lucas. Reconocería sus pasos. No me animo a darme vuelta para confirmarlo. Sólo acelero. Mi corazón late con fuerza. No debería haber salido sola. Tendría que haberle avisado a alguien.

Me freno. Simulo atarme los cordones para dejar pasar a quien tuviera por detrás. Era un hombre. Temblé. Venía con su

hija. La presencia de la niña me dio la seguridad que me faltaba. Qué paranoica fui.

Empiezo a buscar las llaves. Quiero entrar rápido. Llego. Cierro la puerta. Me siento apenas puedo. Me da un escalofrío final que me confirma estar viva. Llegué. Suerte la mía.

Este cuento recibió la segunda mención del Concurso de cuentos:
“La educación media por una cultura sin violencia hacia las mujeres”



Un nuevo despertar

Evelyn De Jesús Aguilera Rivas

Otra noche en donde las horas pasan lentas, y yo aterrada por lo mismo. El miedo me invade y me paraliza, con solo pensar que ya va a volver aquel monstruo que me horroriza, ese hombre abusivo y controlador, ese insensible manipulador, ese machista y violento. A veces pienso y digo:

—¿Por qué no me dejé a tiempo de él?

Pero también pienso en mi pobre niño, tantas tormentas pasé en manos de unos tíos abusivos porque mis padres me abandonaron en mi niñez. De ninguna manera permitiré que mi rayito de sol pase por la misma pesadilla.

Y ahí llegó él, un hombre robusto, estricto y malhumorado. ¿Quién me creería si dijera que ese hombre con quien estoy casada era dulce y tierno? Recuerdo que varios años atrás cuando estábamos solo comprometidos, me regalaba flores y chocolates, me escribía poemas y canciones, hasta llevaba serenatas en mi cumpleaños.

Yo estaba tan feliz, por haber encontrado a alguien, romántico y perfecto como él. Ese simpático muchacho lleno de integridad, parecía dispuesto a dar todo por mí. Me sentía la mujer más dichosa.

Después de un año de noviazgo me pidió para ser su esposa. Yo acepté con júbilo sin saber lo que me esperaba al lado de él.

Pasaron los meses y empezaron los golpes. Él se puso celoso y posesivo, y ya no salía con mis amistades. Me prohibía todo, hasta el punto de cambiar todos mis hábitos. La primera vez que levantó la mano sobre mí, lo amenacé con el divorcio, pero cada vez los golpes aumentaban hasta que la situación se volvió incontrolable. Él juraba que ya no volvería a pasar.

Como despertando de mis pesadillas, escuché un llamado:

—¡Alessia! ¡Eguerúpy chéve che cenarâ, che vare'âma hína!*

En ese momento escuché llorar a mi bebé. Él fue siempre intolerante ante los mínimos ruidos del hijo. Fue entonces que de un salto fui a resguardar a mi pequeñito del posible ataque de su padre. Oí cómo le gritaba y amenazaba para que callara el llanto. Entonces comprendí que el deseo de que mi hijo crezca dentro de una familia era un ensueño del cual debía despabilarme. Mi pequeño retoño me animó a poner freno a esa pesadilla.

Tomé a mi niño, el teléfono y a escondidas llamé a mis familiares y la policía, advirtiéndoles que no encendieran las sirenas para no alertarlo. Aún tenía el rostro morado por el último golpe y mi hijo inconsolable. Tocaron a la puerta y él preguntó:

—¿Quién podría ser?

Le dije que podría ser la vecina, y se acercó a la puerta para abrirla. Se sorprendió y me amenazó que me arrepentiría de ha-

* ¡Eguerúpy chéve che senarâ, che vare'âma hína!: Frase en guaraní que significa "Tráigame para mi cena, ya tengo hambre".

berlo hecho. Lo esposaron y le cubrí los ojitos a mi bebé, para que no presenciara lo sucedido.

Esa noche al final lo dejé, no por mí, sino por mi rayito de sol.

Este cuento recibió la tercera mención del Concurso de cuentos:
“La educación media por una cultura sin violencia hacia las mujeres”

Confusión de los primeros años

Catalina Molinari

“Es una niña” afirma la doctora al hacerle la ecografía a la madre, palabras que condicionaron la pequeña desde nonata.

Los padres que el día antes de la ecografía no sabían cómo adornar la habitación de su pequeña, hoy decoraban con entusiasmo su habitación, pintan de rosado el cuarto, también deciden agregar un papel tapiz de rosas blancas.

La niña nace, decidieron llamarla Violeta, a su mamá le gustaba ese nombre; su papá hubiera preferido Valeria, pero Violeta también era de su agrado.

Violeta era curiosa, solía preguntar todo, a veces lograba conseguir respuestas a sus inquietas dudas, pero cuando preguntó por qué Juan podía jugar bajo la lluvia en el recreo y ella no, la respuesta de su maestra fue “son diferentes”. ¿Diferentes? ¿Diferentes a qué? Aunque ella solía analizar cada respuesta y siempre lograba obtener un pensamiento claro, no ocurrió con esa respuesta.

A los diez años un compañero tiraba de su cabello, le tiraba papeles, robaba sus útiles y se burlaba de ella cada vez que participaba en clase. No lograba comprender su maltrato, le daba miedo su compañero, intentaba evitarlo, se ocultaba en los recreos para que este no la encontrara. Le preguntó a su mamá,

¿Por qué me trata tan mal mamá?, su mamá rio, “Si te pelea es porque te quiere”. ¿Por qué me quiere? Ella nunca había visto que su papá se burlara de ella y que mamá tuviera que esconderse en su cuarto; no comprendió la respuesta, lo intentó, pero no logró aclarar sus pensamientos.

A los doce comenzó el liceo, sumamente emocionada empezó esta nueva etapa, su papá le había comprado útiles nuevos y decoró todas las cuadernolas.

Los primeros días de marzo eran calurosos, llegaban hasta veintisiete grados, los chicos vestían *shorts* con remeras, las chicas solían utilizar *jeans* con musculosas, y aunque entre ellos lucían sus atuendos con total normalidad, no se hacía esperar la llegada de la preceptora para revisar la vestimenta de los alumnos, el liceo no tenía un código de vestimenta, sin embargo a mi compañera de clase Liliana le advirtieron que debía cubrir sus hombros, mientras que en los días más calurosos Matias optaba por remangarse sus *shorts* y quitarse la remera en las recreos, pero a él nadie le advertía nada.

El 8 de marzo volvía a casa recordando cada una de las situaciones a lo largo de su vida para las cuales no encontró respuestas y le generaban angustia no poder encontrarla, pero un ruido perturbó sus pensamientos, decidió ir hacia él.

Llegó, vio una multitud de mujeres, lo último que sentía era incomodidad, sentía seguridad, se sentía reconfortada y comprendida con tan solo leer las pancartas, sentía que todas sus dudas acumuladas a lo largo de los años se resolvían.

Se dio cuenta que todo lo que aprendió en la escuela sobre el 8 de marzo no era suficiente, ahí comenzó su búsqueda personal y de respuestas, un viaje del cual no volvió jamás.

Este cuento recibió la cuarta mención del Concurso de cuentos:
“La educación media por una cultura sin violencia hacia las mujeres”

Abhay. Sin miedo

Román Arce Ferreyra

Aquila era una joven afgana, vivía con sus padres en el campo. Ella quería trabajar en la cosecha con su papá, pero no le era permitido ni salir de su casa sin compañía. Estaba tan cansada de vivir así, tanto que una noche escapó con su caballo, y, sin pensarlo, al llegar a la ciudad tomó un boleto y salió del país con el dinero que consiguió horas antes tras vender su animal favorito.

Llegó a Argentina, un país tan desconocido pero a la vez hermoso. Encontró un hogar para vivir y conoció un amigo que le enseñó a hablar español, esto le permitió abrir la mente y descubrir su pasión por el periodismo y las posibilidades y oportunidades que esta profesión le daría. Estuvo años estudiando, logró convertirse en una de las mejores periodistas del país, gracias a su gran desempeño y dedicación.

Al enterarse de lo que estaba pasando en su ciudad natal con la situación de las mujeres la llamaron para hacer una entrevista sobre lo que estaba aconteciendo, para lograr mediante su mensaje un cambio en la sociedad, y haciendo reflexionar a todas las mujeres que sufren de desigualdad y discriminación. Con su testimonio, conmovió y logró un cambio en la opinión pública. Gracias a que se animó a contar su historia, fue reconocida mundialmente por romper estereotipos y mostrarle al mundo que todos podemos lograr lo que nos proponemos.

Luego de un tiempo, Aquila recibe la noticia de que su papá estaba muy mal económicamente, y sin dudarlo, decide darle una segunda oportunidad. Trae a su padre a Argentina, país que le brindó cobijo y aceptación.

Juntos decidieron comenzar una nueva vida, cumpliendo el sueño de trabajar su propio campo.

يو مستحق چانس دوهم د تبول مور

(Todos merecemos una segunda oportunidad. Idioma pastún)



Artemisa

Delfina Cuevas

No me enseñaron a leer, ni a escribir, la escuela fue un privilegio que no pude obtener. Mi derecho fue arrancado porque ilesea y alfabética era mejor para su conveniencia ¿Quién iba a pensar que a pesar de eso iba a ser la primera revolucionaria? Mi nombre es Amatallah Bakhtash, soy de Afganistán, tengo diecisiete años y hace trece años cambió mi vida por primera vez y hoy, es la segunda.

Ahora me encuentro en Ezeiza rumbo a la capital de Buenos Aires, tratando de conseguir lo que este tiempo me robaron cuando los talibanes tomaron el poder en 2021. Tenía cuatro años cuando pasó y desde ahí me controlaron, manipularon, violaron, esclavizaron, no pude ir a la escuela porque era una amenaza, no querían que usáramos nuestra mente, las mujeres que las usaban se revelaban. Una de ellas mi madre, no le fue muy bien, la mataron de apuñaladas con los ojos vendados enfrente mío y de mi hermana hace poco tiempo mientras huíamos de mi pueblo, gracias a ella. Mi madre fue el ejemplo por el que lucho hoy, me enseñó lo básico de lectura y escritura clandestinamente, no dejó de recordarme que tenía que luchar por algún día ponerle fin a todo esto, que no me rindiera, que eso no era vida y que para poder vivir no tenía que aceptar nunca lo que me impusieron.

Y cuando veo a mi hermana a mi lado, con la misma edad que yo tenía cuando todo comenzó, me acuerdo de eso y no quiero

que la historia se repita. Cuando escapé fue la primera vez que podía mirarme al espejo, el burka completo me impedía la visión, mostrarnos era un delito por el cual pagar, usar de nuestro sentido era prohibido, nos quisieron ciegas para que no sintamos nada, nos quisieron hacer sentir que no somos nada. A veces lo agradezco, ver todo lo que nos hacían a mí y a las demás mujeres es imborrable de la memoria. Pero eso me ayuda, recuerdos bien claros por los que disputo hoy, en una guerra que ganaré porque por fin sé quién soy hoy.

A mi madre la llamaban Pandora, mujer mandada para satisfacer a los hombres, y maligna por no seguir sus órdenes desatando las cosas malas del mundo y con eso me refiero a cosas que los hombres tienen miedo. Para muchos (los talibanes, por ejemplo) Pandora representaba un monstruo por no ejecutar su decreto, para mí diosa griega adonis. Y yo, Artemisa, cansada de ser sumisa quien se siente completa sin un hombre, diosa de la luna quien observa todo claramente desde la oscuridad, escribo esta carta porque como yo hay muchas más que siguen ahí, deseando que alguien del futuro escribiera hace 13 años este relato para liberarlas. Hoy que me miro al espejo siento un mundo a mis pies, tal como dijo Alfonsina Storni “¿Qué mundos tengo dentro del alma que hace tiempo vengo pidiendo medios para volar?”.

Comodidades extinguidas

Lola Paz Kornhauser

Leo vuelve a su casa luego de un día agotador en el astillero, donde trabaja como constructor de embarcaciones. Ese día es especialmente ventoso, dado que su jefe no estaba de buen humor. Cinco proyectos quedan cancelados, dos clientes perdidos, una renuncia. De todas formas, Leo se recuesta en el sillón para ver el partido de Boca contra River en su vieja televisión de tubo. Sabe que debe cambiarla, pero es un hombre que prefiere mantener las cosas como están. Igual, esa televisión ya resistió veinte años, ¿qué le hacían diez más? Sueña con un día soleado y estar tirado en la arena, mientras los jugadores continúan su precalentamiento. De repente, huele algo familiar en el aire. Su mujer, como siempre cocinando para esas horas de la noche, incluso luego de su propia tormenta de arena en el juzgado donde trabaja como asistente de la fiscal. Leo escucha el delicioso sonido de los vasos chocando con los platos de alguna tienda de segunda mano. De su propia madre heredó el sentirse orgulloso de la situación económica de su familia, que después de todo no estaba tan mal, y el amor por la rutina. Alcanza a ver a sus hijos saliendo de sus cuartos y ayudando a poner la mesa. Sin embargo, Leo no levanta su cuerpo del cómodo sillón hasta que es llamado a sentarse en esta. Hablan de su día mientras devoran los *penne a la carbonara*, la especialidad de Francesca, atragantándose entre los elogios con sal. Aun así, él mantiene sus ojos fijos en los pe-

queños cuerpecitos de los jugadores desenfocados. Todos saben que, cuando el partido arranca, mejor no molestar a papá. Así que, al terminar de cenar, ella levanta y lava los platos. Él, por su lado, manda a dormir a sus hijos sin mover un solo dedo. El partido termina en un empate, por lo que el destino del fútbol se definirá el próximo miércoles en la vuelta. Cuando todo es seguro y tranquilo, Leo se zambulle profundamente en los brazos de su amada, para navegar juntos el Canal Regio y buscar refugio.

Esa noche será el último viaje, el último abrazo, el último beso que compartirán; ya que, para la mañana siguiente, Francesca ya no cocinará, ni lavará o cuidará a los niños. Y todas sus comodidades quedarán extinguidas.

De todos modos

Teresita Armoa

Hoy volvió a suceder, esa misma sensación que me atemoriza cada vez que empiezo a cerrar los ojos, esa extraña figura que me persigue sueño tras sueño, y de repente una fría gota del rocío que traspasa el abultado techo de paja y cae hasta mi hombro, que por fortuna me despierta de mis tenebrosas pesadillas.

—¡Elena, Elena! Epu'ãma*—. Es el grito de mi madre que de nuevo me hace volver a la realidad.

—Ahátama che sy.**

Saliendo al corredor me encuentro con una celestial vista del amanecer. El prominente cerro Akatî cubierto por blancas nubes que provoca una niebla fina y fría que cae lentamente como llovizna sobre el techo de paja.

—¡Elena! Ejúpy che pytyvômi.***

Como saliendo de mi modorra, escucho los cacareos de las gallinas y el mugido de las vacas que están esperando para ser ordeñadas por mí. De paso por el galpón doy un vistazo direc-

* *Epu'ãma*: Palabra en guaraní que significa "¡Levántate!".

** *Ahátama che sy*: Frase en guaraní que significa "¡Ya voy mamá!".

*** *Ejúpy che pytyvômi*: Frase en guaraní que significa "¡Ven a ayudarme!".

tamente hacia ese pequeño bosque que está ubicado detrás de nuestra vivienda, que me provoca escalofríos, y entro en pánico cuando pasa por mi mente ese pequeño individuo que me acecha desde las sombras, y corro con espanto de ahí.

Trasladarme a la ciudad siempre fue un sueño desde mi infancia. Y cada vez que mi madre me hablaba de su hermana, una bondadosa y abnegada mujer que siendo muy joven salió del campo y logró alcanzar una vida de lujos en Ciudad del Este, anhelo estar con ella, lejos de este ser que me visitaba en mis pesadillas.

Un día, mientras almorzábamos un exquisito y apetitoso tallerín de la gallina, con lágrimas en los ojos, mi madre me informa que la bondadosa tía ha pedido que me enviara a su casa para trabajar, y que me pagaría bien. Ella, que nunca ha salido del campo, tomó el pedido con mucha alegría porque veía en ello la posibilidad de una ayuda extra a la familia, ya que la pandemia ha desportillado la economía familiar. Yo me quedé atónita de alegría, porque estaba soñando despierta. Era un ensueño que se haría realidad.

—Roipytyvôta che memby reguerahapa hağua nde kosamimi, aníkена nderesarái chehegui.****

En pocos días, el cascarón de la tía amable y buena que iba de visita al campo se fue desvaneciendo ante su verdadera naturaleza de mujer engreída y vanidosa.

**** *Roipytyvôta che memby reguerahapa hagua nde kosamimi, aníkена nde resarái chehegui*: Frase en guaraní que significa “Te ayudaré mi hija para llevar todas tus cosas, y no te olvides nunca de mí”.

—Te pedí un café caliente, no uno tibio torpe niña—. Arrojó la taza al piso y ordenó que limpiara.

El maltrato y la humillación de todos los días se convirtieron en hábito, y del hábito a la costumbre, porque si no era la tía, eran los primos, que con aire de superioridad me hostigaban con sus bromas de mal gusto que apenas llegaba a entender por la diferencia cultural. Pero a quien más temía era a Esteban, el mayor de los hermanos. Aún puedo sentir la mano abusiva y criminal de aquel primo que, aprovechándose que estaba sola en la casa, por la fuerza quiso abusar de mí. Cuando el sueño de la noche y el cansancio me vencen y dormito, aparece esa nueva pesadilla, no del pombero, sino este más humano de la ciudad.

Deixe a cabra viver

Patenopy Gama Guimarães

Eu fico bonita e é confortável, mas eu vou andando...
Aí menina, tá com medo de vestir legging? Pode vestir uma burca que não vai fazer diferença.
É verdade, né? A culpa é minha os homens não respeitarem ninguém? Se tentarem alguma coisa eu faço o que a minha mãe sempre fala:
“Grita, bate, corre, grita e chuta o saco”.
Não me importo com o que eles acham, vou com a roupa que eu quiser.
Saí.
Bem tranquila, chego na avenida.
Sinal verde.
Atravesso na faixa.
O carro buzina;
A moto buzina;
Subo na calçada.
Eles estavam olhando o meu corpo enquanto eu atravessava?
Que nojo.
Ainda estão olhando? Será?
Se olhar vão pensar que estou dando mole.
Fingir que nada está acontecendo é a melhor coisa a se fazer?
Covarde.
Eu tinha que ter perguntado se eles perderam alguma coisa...
ter feito um barraco, não sei...
Mas que raiva.

Caminho na calçada que beira o canal. As árvores estão lindas.
Vejo um passarinho tão engraçadinho que rio sozinha.

Bééé.

“LINDA”

Anoto a placa do caminhão?

Tenho medo de virar, ver o rosto e não conseguir esquecer.

Linda.

Linda. Linda.

Linda. Linda, linda

Linda...

A voz... não consegui esquecer.

Atravesso o canal.

Um ciclista passa ao meu lado.

Ele vira o rosto e olha as minhas pernas.

Espero terem sido as pernas.

Não me olha no olho.

Mas eu lembro do seu rosto, moço.

Não tem nem vergonha...

Que quebre o pescoço.

Por que passou na minha frente se até então estava apreciando
a vista do meu traseiro?

Estava com pressa?

Só quem tem pressa de visitar o inferno olha adolescente.

Que raiva.

Que raiva, que raiva!

Agora... Aquela rua sem movimento nenhum. Talvez eu deva
mudar de caminho. Podem ter decorado a minha rotina,
prontos para me sequestrar.

Vou atrasar.

A calçada é larga.
Andar mais perto das casas ou da rua?
Podem me puxar pra dentro de casa.
Assim como pra dentro d'um carro.
Como aconteceu com a Bia.
Marina...
Com as meninas.
Uma viatura passa devagar.
E se um policial igual o qual passou no jornal tentar alguma coisa?
"Se gritar eu atiro!"
Eu grito.
Eu grito, eu grito!
Prefiro gritar a viver para lembrar.
Para com isso, menina!
Passou reto.

Que alívio...
Agora a rua é estreitinha.
Agora fica ao acaso ser estuprada num carro ou numa casa.
Não chego nunca nesse dentista?
Um caminhão parou na esquina da frente.
Eu paro.
Eu preciso seguir.
Ninguém sai do caminhão.
Eu vou continuar.
Se acontecer...
O que eu falei pra mãe antes de sair?

Ba-d-dump.
Que vergonha.
Vergonha, garota?
Tenho tanto medo.
Dos bodes, sabe?
Caminhoneiros, motoristas, ciclistas que são pais, avós, tios,
bodes.
“Cuide da sua cabra que meu bode está solto!”
Cuide do seu bode para que não mate as cabras do outro.
As cabras só estão indo ao dentista, ao colégio...
Não me mate, estou indo ao dentista.
Só atravessando a rua.
Bééé
“DELÍCIA”
Deixe-me viver.

Dificultades de una mujer de campo

*Mario Sergio Libardi Galli, Sofía Gimenez Balistieri
y Caio Marques Bertolucci*

Mi nombre es María Alcirda, tengo 78 años, vengo del interior y crecí en una familia de once hijos, nueve hermanos y solo una hermana. Yo tenía unos nueve años cuando comencé a notar la diferencia en cómo mi padre nos trataba a mi hermana y a mí en comparación con el trato que les daba a nuestros hermanos.

Me encantaba ir a la escuela a pesar de que era un camino bastante largo y de que no teníamos zapatos, ya que mis padres por el hecho de tener tantos hijos no tenían condiciones de comprarnos zapatos para todos. Por tanto, los primeros zapatos siempre eran para los varones, del mayor hasta el menor, y, si sobraba dinero, nos compraban a nosotras. Así que el camino me creaba callos permanentes en los pies, no obstante, me gustaba tener la oportunidad de ver a mis amigas y estudiar. Después del segundo grado de primaria no pude ir más, mientras que mis hermanos pudieron continuar hasta el quinto grado.

Además de la escuela, teníamos que cumplir algunas tareas en el campo. La diferencia era que después de una larga tarde de trabajo, mis hermanos estaban libres para hacer lo que quisieran mientras que mi hermana y yo no teníamos esa libertad. Todos los días durante sus momentos libres, nosotras éramos obligadas a hacer las tareas domésticas, como lavar los platos, colgar las ropas en el tendedero, etc.

Desde muy joven comencé a pensar sobre el porqué de esa situación. Entonces, resolví hablar con mi madre e intentar entender; su respuesta fue corta y seca:

—Cuando yo tenía tu edad era así y las señoritas tienen que aprender a cuidar la casa pues cuando crezcan y se casen van a tener que hacerlo, por eso después de los trabajos en el campo precisan volver y hacer los quehaceres para ser buenas amas de casa.

Luego de esa conversación fui para mi dormitorio, que compartía con mi hermana; ella todavía estaba haciendo su trabajo, por lo que tuve la oportunidad de quedarme sola. Pasé la siguiente hora pensando y decidí que no me casaría, pues para mí mi padre era el estereotipo del hombre: una persona bruta, de pocas palabras y muy estricto; también decidí que no tendría hijos, pues no quería destinar otra niña a este trabajo y a la injusticia a la cual fui expuesta desde chica.

Y así fue, no me casé y no tuve ningún descendiente. Cuando mi padre falleció todos mis hermanos, incluso mi hermana, fueron para la ciudad; yo y mi único hermano con el que aún tenía contacto, Manuel, heredamos la finca. Y entonces, un hecho curioso sucedió. Después de la muerte de mi padre, mi madre tomó posesión de la propiedad y, en lugar de entregársela a mi hermano, decidió traspasar todo para mí, señalando así todo un cambio con relación al modo como las cosas solían ocurrir en mi infancia.

El anhelo de los sueños

Aixa Noelia Miño

Cuando uno abandona la niñez para convertirse en un adulto, tiende a formarse a imagen y semejanza de sus progenitores, a desarrollarse con esas ideas y desenvolverse desde sus propias experiencias vividas.

Pero Analía no era como el resto de niños de su edad, ella siempre lo supo.

En ocasiones, se lamentaba por no haber nacido como su hermano, por ser una niña, por el rol que le tocó.

Anhelaba poder ser como los jóvenes, alcanzar las mismas metas, cumplir con todos sus sueños.

Vivía en un estado constante de pena, de angustia por no poder prosperar por cuenta propia, se le había enseñado que los chicos cuidaban de las chicas, y que las mujeres no podían si quiera compararse con alguno de ellos. Pero, por lo que más clamaba, era por ser escuchada, porque su madre y tías dejaban de reprocharle y enseñarle que ese era su puesto, que esas eran sus labores y que no podía aspirar a más; no le gustaba que las religiosas le ordenaran no jugar en el patio de la iglesia, porque ese era el lugar de los hombres; y tampoco quería que su padre le prohibiera aprender, solo porque una mujer no necesitaba saber algo.

Creció con esas ideas, rodeándola, pero nunca dejó que éstas la dominaran.

Le tomó tiempo prepararse. Se esforzó como ningún otro y luchó contra cada obstáculo que se le interpuso. Ella sabía de lo que era capaz, y estaba segura de que lo lograría.

Estudió, en cuanto se le permitió aspirar a una educación y lo hizo más de lo que cualquier niño o niña de una escuela pudo haberlo hecho.

Leyó, tanto que sus ojos ardieron, ardieron por la ilusión de seguir conociendo.

Y aprendió, aprendió hasta que descubrió que quería aprender para enseñar, aprender para compartir.

Fue la de más edad de su grupo en recibir aquel diploma, condecorando su perseverancia y valor. Y en cuanto fue posible, se arrojó a las aguas de la enseñanza, porque esperaba otorgar esas posibilidades a todas las niñas a su alcance y asegurarles que ellas también podían aplicar a más.

Y siempre, pero siempre, aún con limitadas oportunidades, se recordó a sí misma a nunca decir aquello que durante su infancia no soportó que le dijeran, porque ella supo hacer frente a la adversidad y prometió enseñar lo que siempre quiso escuchar, prometió enseñar que cualquiera podía aprender, y que cualquiera podía estudiar, sin importar nada más.

Ella

Manuela Mutis

Ahí iba ella, con su conjunto de pollera y blusa rosa pastel y su pelo recogido en un rodete que hacía que su cara esté bien firme. Maquillada bien sutil y con un portafolio negro que indicaba su nombre, "Irma Mulier". Su nombre significaba poder en alemán, su país prófugo. Irma se crio en un ambiente fuerte y trabajador, y eran todas "Mulieres".

Ahí iba ella, fuerte y segura caminando entre edificios oscuros con altura. Pasaban hombres en trajes apurados y gritando. Pero nada la intimida ni la frenaba a entrar. Dio su primer paso en su nuevo trabajo. Una firma de abogados prestigiosa y estricta. Con todo el esfuerzo que había puesto Irma a lo largo de su vida, era imposible que no la aceptaran. La recibió un hombre recepcionista el cual la llevó a su cubo de trabajo, su nueva oficina. Un 2x2 gris que tenía una planta y una computadora. Mirando a su alrededor, Irma se dio cuenta que eran todos trajes, y ninguna pollera. Después de que se pusiera cómoda, la llevaron a la oficina de lo que sería su nuevo jefe.

Se presentó y dijo lo agradecida que estaba por esta oportunidad. El jefe con cara de disgusto le dijo que su currículum era tan bueno que no pudo rechazarla pero que se tenía que poner a la altura de los hombres trabajando allí ya que era la única mujer y eso era una dificultad. El ambiente era fresco y movido. Irma volvió a su cubo y se puso a trabajar en un caso. Después

de un tiempo se dio cuenta que tenía que ir a un baño entonces pregunto dónde se encontraban. El recepcionista Gabriel, le dijo que no había, que no había para ella. Irma desesperada caminó cuatro cuadras y encontró un bar donde le permitieron ir al baño. Al volver al cubo, rápidamente se puso a revisar la pila de casos que le dejaron en su banco en ese tiempo que se fue. Vino el recepcionista y le dijo que no podía irse del trabajo sin avisar y que tampoco podía tardar tanto. Ella se defendió inmediatamente diciendo que no era su culpa que no haya un baño para ella y que le pedía disculpas.

Eran las nueve de la noche e Irma seguía ahí. Finalizando el último caso que le habían dejado de miles. Estaba estresada porque ya todos se estaban yendo. En ese momento se le acerca el jefe. “¿No te das cuenta que todos ya terminaron? Es tu primer día, deberías mostrar por qué te mereces estar acá. Yo sabía que ninguna mujer pertenece a estos lugares”, le dijo. Ella, nerviosa le respondió con un suave “disculpas” y siguió trabajando. Bien sabía que a los hombres que tenía ella al lado le habían dado $\frac{1}{4}$ de los casos que tenía ella y que se habían pasado toda la tarde hablando del partido de futbol que tenían hoy a la noche. Y fue ahí cuando se preguntó ¿por qué esto sólo le pasa a las mujeres?

Então, você tem filhos?

Joyce Maravilha Gomes da Silva

—Peço que os candidatos à vaga de auxiliar administrativo se sentem nessa fileira de cadeiras à direita, por favor. Logo começaremos.

Eram seis da manhã e eu ainda não havia dormido naquele dia. Na verdade, não dormia há duas noites, por causa do resfriado do meu filho mais novo. Passara a madrugada preparando almoço e uniformes dos três meninos.

—Caramba, que demora. Não acredito que acordei tão cedo para isso—. Um homem barbudo murmurou ao meu lado, às seis e quinze. Não dei atenção, mas ele olhou para mim e continuou. —Sabe, essa empresa nem é grande coisa. Um amigo me indicou e disse que eu não precisaria me preparar muito para a entrevista, por isso vim. Além do mais, um emprego não cairia mal agora... Fui demitido do meu último por me atrasar demais, é mole? Mas estou vendo que foi perda de tempo. E ainda devo chegar atrasado no churrasco do meu primo!

Percebi que ele riu ao final da fala, esperando que eu esboçasse algum tipo de reação. Abri um sorriso amarelo e me virei para a frente novamente. Notei que o olhar dele ainda estava sobre mim e, assim que me senti desconfortável, ouvi meu nome ser chamado. Levantei-me rapidamente, ajeitando minha saia e agarrando a pasta em frente ao corpo, numa tentativa de me livrar da atenção daquele homem.

Ao bater na porta, meu sorriso logo vacilou. O recrutador também era um homem. Ele fez um sinal para que eu me acomodasse e eu entrei, mantendo a porta aberta.

—Então, Camila, você tem filhos?

Estranhei a pergunta com teor tão pessoal, mas imaginei que deveria ser apenas uma forma de começar.

—Tenho sim. Um de treze anos, um de doze e outro de sete.

—Hum... Vi aqui que você é viúva. Com quem deixaria seus filhos? Tem alguém para cuidar deles se adoecerem, ou você perderia dias de trabalho?

—Bem, não... Minha família não é daqui. Eu deixaria eles sozinhos em casa durante uma parte do expediente, e no restante do tempo eles estariam na escola.

Um sorriso sarcástico surgiu em seu rosto bruto. Eu não conseguia acreditar que minhas chances de ser contratada dependiam do fato de eu ser mãe ou não. Não apenas de ser mãe, mas de ser mulher. Se eu fosse um homem com filhos, com certeza a história seria outra. Minhas chances de conseguir aquele emprego aumentariam.

—E você tem namorado? Pretende engravidar novamente no futuro?

—Desculpe, mas me recuso a responder isso.

—Bom, então isso é tudo. Obrigado por vir. —Ele acenou em direção à saída.

Fiquei paralisada durante cinco segundos, minha boca aberta tamanho o choque. Saí lentamente, sentindo meu estômago embrulhar, sem saber se o motivo era o sono, a preocupação de não poder sustentar minha família ou a situação que passara há pouco.

Dois dias depois, uma amiga que trabalhava na empresa me contou quem fora contratado: o homem com quem eu havia conversado antes da entrevista. Agora, eu também não fazia questão de estar ali.

Es hora de dejarme ir

Penélope Paz Rubido Cuadro

Fui injusta con muchas personas, conmigo misma, una de las más importantes, me negué a aceptar lo que pasaba, me negué a revelarme, deje que él me golpeará no solo físicamente, eso era soportable, dejé que golpeará cada muro que había construido, dejé que rompiera mis ilusiones, dejé que destrozara mis sueños y que quemara mis alegrías para cambiarlas por imitaciones que en el fondo solo eran tristezas, dejé que aumentara mis inseguridades, lo dejé entrar pero nunca lo empujé a salir.

Fui injusta con mi madre, le mentí una y otra vez con tal de que no me alejara de lo que yo creía correcto, le alejé la mano cuando me la tendió al ver los colores alrededor de mis ojos, a veces mis pómulos y hasta sus manos en mi cuello, fui injusta al no escucharla.

Mis amigos, ellos tampoco merecían que fuera injusta, fueron abandonados porque él me dijo que eran malos en mi vida.

Definitivamente no sé a quién llamar monstruo, si a él por todo lo que me hizo o a mí misma por dejar que me lavara el pequeño cerebro con lindas palabras que se volvieron agujas, con dulces caricias que se volvieron brutales heridas.

Fui injusta con los que me dijeron que no era mi culpa, que tenía que luchar, que había más personas en mi situación, que no estaba sola, tardé en escucharlos.

Me considero injusta con las que no pueden luchar, yo solo fui cobarde y usé la primera opción que terminara con esos malos momentos.

Al verme reflejada en ese hermoso río en el cual ahogaría mis penas, cada llanto, cada herida. Dejé una carta, solo para no sentir la culpa de irme y dejar a ese hombre ahí sentado esperando su próxima víctima, ahora ya no depende de mí, ya me mantuve de pie tanto como pude.

Es hora de dejarme ir y renacer en una nueva mujer, fuerte, decidida, agradecida con el apoyo brindado, dentro y fuera de casa, dentro y fuera del centro educativo, sana, viva, feliz.

Hago esto por ustedes

Melissa Aylén Ricart

La noche lluviosa empañaba los vidrios del automóvil en el que me encontraba, agradeciendo en mis adentros que dicho chófer era amigo de la familia, de no ser así, no tenía idea de cómo llegaría a mi hogar en estas condiciones.

Siendo madre de dos hijos, trabajando cada día para que al menos tuviéramos un plato de comida, no era fácil mantener una familia siendo la única trabajadora, hacía alrededor de seis meses que me había separado, él era un golpeador, alcohólico y machista sin remedio, no podía permitir que mis hijos sufrieran sus maltratos.

Y tal como la frase “Se fue a buscar cigarrillos y no regresó”, mi ex-marido se desapareció del mapa, dejándonos a la deriva, como si de un barco sin velas se tratase.

Llegué a mi hogar, un departamento al cual le debía varios meses de renta, bajé del vehículo, mojando las botas viejas que utilizaba, “se inundó de nuevo...” pensé con molestia, cada vez que llovía, las calles parecían ser el océano atlántico.

Me despedí del chófer y caminé hacia mi hogar, subiendo escaleras hasta el séptimo piso, ¿olvidé mencionar que el ascensor estaba fuera de servicio hace aproximadamente cuatro meses..?, no cabía dudas de que este edificio se caía a pedazos.

Traté de abrir la puerta, debiendo ayudarme de un par de empujones para que esta se abriera correctamente, suspiré con

pesadez, esta rutina era un total fastidio, pero llegar y ver a mis hijos lo valía, haría todo esto y más por ellos.

Al entrar, dejé mi saco en el perchero y logré divisar variedad de juguetes en el suelo, le resté importancia y simplemente caminé hacia la sala, viendo a un pequeño niño de cuatro años, durmiendo plácidamente sobre el pecho de una joven de doce años, mis hijos.

Me acerqué a ellos para taparlos con una manta, depositando un beso en sus mejillas, seguido de cerrar las ventanas del apartamento.

En el recorrido llegué hasta la cocina, notando unos tres platos sucios, me dispuse a lavarlos. Mi madre cuidaba de ellos durante el día, una jubilada de sesenta y cinco años que pasó la mitad de su vida trabajando como portera en una escuela industrial y actualmente se encargaba de mis hijos durante el día, tratando de ayudarme en cada ocasión.

Pero aun así... no era suficiente, jamás lo sería... debía trabajar día tras día hasta el cansancio, pero sé que algún día rendirá frutos, porque no quiero que ellos pasen por esto, no más.

Debo romper esta cadena familiar que transcurre hace décadas, esta familia siempre dependió de que la madre trabajara luego de ser abandonada, parecía una completa maldición que portaba nuestro apellido, maldición que me proponía corromper.

Estudiar, trabajar, tener una familia, ser feliz, ese era el futuro que quería para mis hijos y si el precio que debía pagar era trabajar continuamente, lo haría.

Me duele en el alma deber dejarlos cada día, pero nunca lo olviden, los amo y...

Hago esto por ustedes.

Invitación

Julia Cerrutti

Apurada a más no poder termino de escribir mi discurso. Agarro mi abrigo, mi barbijo y mi hoja de papel en la cual están plasmadas mis opiniones y pensamientos, y me echo a correr para no perder el ómnibus.

A dos cuadras de distancia del liceo los nervios me recorren el cuerpo, y esa sensación de tener un nudo en el estómago aparece.

Releo mi discurso por tercera vez consecutiva desde que salí de casa, para quedarme tranquila de que lo que escribí sigue en su lugar. Como si por arte de magia las palabras que había escrito fueran a salir caminando de la hoja.

Bajo del ómnibus y me quedo mirando cómo la gente entra al liceo, y pienso como mis palabras van a repercutir en ellos; si es que les va a parecer interesante lo que tengo para aportar.

Me dirijo hacia el teatro del liceo y me siento en una butaca esperando a ser llamada. Minutos más tarde escucho mi nombre por el megáfono llamándome para que suba al escenario.

Titubeo cuando me levanto del asiento. Subo la escalera y veo a todas las alumnas y alumnos del instituto mirándome. Tomo una bocanada de aire y comienzo con mi discurso.

Vivimos en un mundo en el que la mujer es tratada como si fuera inferior, es un hecho sumamente importante y del cual se

debe hablar ya que abarca a todo un género, el cual es discriminado por la simple razón de que vivimos en un mundo patriarcal.

Vivimos en un mundo en el que muchas mujeres no tienen derecho a decidir sobre su propio cuerpo, en el que no se respeta su decisión, en el cual no se respeta un “No”.

Vivimos en un mundo en el cual varias de nuestras ideas, trabajos y logros son minimizados y tratados como si no valieran lo que realmente valen.

Vivimos en un mundo en el que desde la niñez se nos inculca con qué juguetes debemos jugar, de qué forma, a cuáles juegos no podemos jugar porque no “corresponden” con nuestro género.

Vivimos en un mundo en el cual si una mujer realiza el mismo trabajo que un hombre cobra menos dinero.

Vivimos en un mundo en el cual se culpa a la mujer cuando ocurre un hecho de agresión hacia su persona. “¿Cómo ibas vestida?” o “¿Qué hacías a esa hora por ese lugar?”.

Vivimos en un mundo en el cual se les “enseña” a las mujeres como deben de cuidarse para que no sufran ningún episodio de violencia, pero no se enseña que no se debe violentar a las personas.

Son por estos y por muchos otros hechos, que los invito a reflexionar sobre qué actitudes o acciones podemos tomar sobre la inequidad de género, y cómo podemos ayudar para llegar a un equilibrio.

Gracias.

Todas las personas que estaban en el teatro se pusieron de pie y aplaudieron.

Y así me di cuenta de que cada pequeña acción puede generar un gran impacto.

La fábrica de muñecas

Maite Jones Capello

Se ensamblaron las primeras partes del cuerpo. Porcelana blanca contra porcelana blanca. Se dibujó una sonrisa en la cara, y dos grandes orbes azules ocuparon las cuencas de los ojos vacías. Se pintaron pecas, se colocó una rosácea y se insertaron las bellas hebras doradas de cabello. Y luego, con un secreto que la fábrica no me deja contar, ella cobró vida. Cobró vida al igual que las otras cientos de niñas, cada una más igual a la otra, listas para tomar el té en sus próximas casas.

Ella y las otras estaban alineadas en la cinta transportadora de la fábrica, pronto a pasar al segundo sector: prendas de vestir y nombre. Si ella se inclinaba un poco a la derecha, podía ver a las otras saliendo del segundo sector: algunas tímidas, algunas riendo risueñas con bellos y delicados vestidos. Ella frunció el ceño mientras una desconocida sensación de fuego la embargaba: no quería ser como las otras. Buscó con la mirada si alguna de las otras también se encontraba igual de preocupada que ella, pero las otras simplemente se dejaban llevar.

Cerró los ojos con fuerza. No estaba lista, no estaba lista, no quería, no quería. Pero entonces, en el momento que debió de tocarle, luces rojas la encandilaron y una voz robótica dijo: error, niña defectuosa. La cinta se detuvo y descubrió con horror lo que sucedería ahora: la cinta se abriría bajo sus pies. Empezó a caer y conoció su voz a gritos mientras el vértigo la carcomía.

Se estrelló de costado contra una superficie irregular, causando que la porcelana de su brazo se fragmentara por completo, y cuando creyó que no podía asustarse más, escuchó una voz debajo suyo:

—Podrías seguir entrando en pánico en, no sé, cualquier parte que no sea encima nuestro.

Dio un salto de sorpresa que la hizo tropezar hacia atrás y caer al piso. Entonces ella vio por primera vez los cuerpos amontonados sobre los que había caído. Había brazos sueltos, cabezas sin cuerpo, o cuerpos sin alguna parte, como el suyo. Desprendían un aire deprimente, como muñecas sin vida.

—¿Qué es esto, dónde estamos? —Preguntó.

—Nosotras somos las fallas, algunas tenemos errores en la fabricación —dijo la primera voz señalando su propia porcelana negra. —Y otras tienen fallas en el carácter.

Ella se preguntó si tendría alguna falla de carácter que la haya traído allí.

—¿Y entonces qué?, ¿Nos quedamos simplemente aquí porque ellos no nos quieren arriba? —Sintió aquel fuego del principio: furia que le derretía la porcelana.

—Por allá hay una puerta de salida, pero todas las que se van terminan volviendo. No somos aceptadas afuera.

No le importó: que el mundo acepte su falla o se enfrente a ella. Saldría de la fábrica, y si no podía ser como las otras, entonces sería mejor. O peor. Luego, volvería y las sacaría de allí.

Sin un brazo y con un terrible carácter que ardía como fuego, ella abandonó la fábrica de muñecas.

Las viejas leyendas de la abuela

Federico Fernández Geller

—Abuela te extrañé mucho.

—Yo a vos Clotilda.

—Quiero que me cuentes devuelta la historia de tu primera votación, es muy interesante.

—¿Devuelta? ¡Te lo conté como siete veces ya!

—Ay abuela, pero estamos cerca de la fecha y siempre es bueno recordar viejas anécdotas.

—Bueno, vos ganas. Todo empezó en 1912 cuando la ley Sáenz Peña fue llevada a cabo, esta ley permitía y obligaba a los hombres mayores de dieciocho años a participar del voto secreto y obligatorio. Pasaron 35 años para que nosotras las mujeres podamos atender a un cuarto oscuro, pasó una eternidad. Pasaron inviernos veranos primaveras y otoños interminables hasta que finalmente se produjo un hecho histórico que nos marcó y nos dejó finalmente poder decidir. Esta ley no sólo nos permitió votar sino que impulsó nuestra voz y nuestras decisiones, cuando ninguna era tenida en cuenta. Era una tarde de invierno cuando nos reunimos centenares de mujeres en el congreso a gritar y festejar nuestros derechos. Finalmente fue ley, recuerdo esa tarde como si fuera ayer, lloré, grité y me emocioné recordando cuánto había deseado este momento y finalmente se hizo realidad.

Gracias a todas las mujeres que lucharon como guerreras y alzaron las voces, ustedes pueden disfrutar de la libertad de elegir el voto y de poder expresar las ideas con otro valor. Siempre recordaré ese hito con mucho orgullo.

—Qué interesante abuela, siempre me encantó esa historia, pero lo que más me apasiona es cómo transmitir lo que viviste y como encarnas todo lo que sufrieron las mujeres y como lo que deseas y peleas por ello con esfuerzo y dedicación se puede hacer realidad.

Mañana sé que será mejor

Tirsa Juliana Fernández Giménez

Si pudieras volver al pasado y cambiar esa mala decisión que tomaste, ¿lo harías?

¿Quién imaginaría que sería mi última fiesta? Todo iba perfecto hasta aquella última discusión...Mi nombre es Amelia y tengo diecinueve años, fui criada con buenos valores, amo pasar tiempo con mi familia y amigos. Vivo con mi padre, mi madrastra y mi medio-hermano, tengo una hermana mayor que vive en Asunción que nos visita cada tres meses. Debí irme con ella, es algo que nunca me perdonaré. Ya es de mañana y escucho cómo la alarma empieza a sonar.

—Me alisto para ir a trabajar, tomo mi bicicleta y en eso escucho a mi medio-hermano llorar, agarro una manzana, haciendo todo lo posible para no hacer ruido y salir, pero escucho una voz en mi costado.

—¿Y el desayuno? —Tomo aire y trato de sonar lo más amable.

—Hola tía, ya me voy o llegaré tarde. —Salgo de la casa y escucho:

—¡Me voy a quejar con tu padre! ¡y vas a vivir sola, sin nada con ese novio inútil! ¿Me escuchaste?

La relación con mi madrastra era buena hasta que conoció a mi novio. Ella dice que es una mala influencia, pero se equivoca. Él era la persona más perfecta que creí conocer. En un abrir y

cerrar de ojos llegué al trabajo, y lo veo a él, que está sentado esperándome con una sonrisa.

—Buenos días amor —Me dice acercándose y me da un beso.
—¿Lista para hoy?.

Llega la tarde y nuestro turno termina.

—¡Amor! antes de irnos quería comentarte que mañana, se festejará el cumpleaños de Marta ¿quieres ir? —¡claro! —Será divertido, hace tiempo que no salimos, —exclamó.

Llego cansada del trabajo, me cambio, me tiro a mi cama mientras pienso en la ropa que me pondría en la fiesta. Al día siguiente, me despierto con la rutina de siempre, luego llega la noche y me preparo para salir, llega mi novio y nos vamos a la fiesta, encontramos a todos nuestros amigos y lo estábamos pasando súper bien. En eso Andrés me separa del grupo y empieza a besarme, todo iba bien hasta que comenzó a tocarme con otras intenciones.

—¿Qué haces? —Le digo empujándolo.

—¿Acaso no me amas?

—Sí, pero...

—Ah ya sé, no confías en mí, ¿tu propio novio?

—¡Creo, que estás borracho! Vámonos.

—Ya estoy harto de tus excusas nunca me diste la prueba de amor, siendo que solo yo estuve a tu lado cuando tu madre murió. —Lo abofeteo.

—No metas a mi mamá.

En eso empiezo a sentirme mal. ¿Y ese exceso de sangre? ¿Será mía? ¿Por qué cada paso que doy se vuelve más lento? ¿Dónde están todos? En ese momento miro mi pecho, veo brotar mi sangre y observo a una lagartija cobarde correr asustada, de pronto una oscuridad se apodera de mi cuerpo y caigo rendida.

Días después

—La policía encuentra al culpable muerto con una carta de disculpas a la familia.

No fue mi culpa

Carmela Trejo Rodríguez

En mi casa siempre se almorzó viendo el noticiero, ahora que vivo sola la costumbre me quedó. Me siento en el sillón, ignorando la mesa, para apoyar mi plato en la mesa ratona mientras mi espalda me gruñe por dejarla de lado en mi decisión. Lamentablemente para mi apetito, la sopa de verduras me da vueltas por la panza y se contiene en pasar por la garganta, las noticias se me mezclan en el paladar y no sé si tengo ganas de comerme todo el mundo o vomitar. Tomo agua y respiro.

El noticiero muestra un caso de violencia de género casi de forma diaria, cada vez que veo uno se me hace un nudo en el pecho de solo pensar “la próxima puedo ser yo... la próxima puedo ser yo...” la impotencia de pensar si puedo hacer algo para que no haya una próxima me carcome de culpa. No importa las veces que se vean en el día los casos de violencia de género, en el momento que sos víctima la soledad y la necesidad de contención no te la transmite un noticiero, nunca me sentí cuidada por un noticiero.

Hoy no fue una persona que no conocía a quien vi en el noticiero pudiendo hablar de lo que le pasó con la voz resquebrajada casi agrietada de tanta angustia. Fue la entrevista que me hicieron el año pasado.

Hoy me escuché hablando sobre lo que me quitó el control de la seguridad en mi cuerpo y la respiración por meses. La felicidad sabe ser momentánea y la euforia efímera, pero la angustia te

cambia, desde el resentimiento en la cabeza hasta la punta de toda tu bronca.

Mis amigas me recuerdan que no fue mi culpa. Mis amigas me creen. Mis amigas apoyan si voy a denunciar la agresión sexual o no puedo. Yo sé que no fue mi culpa y sobre todo y ante todo sé, que no estoy sola.

Todavía espero una respuesta, quizá del Estado, quizá de la justicia. Todavía espero una respuesta al miedo mugriento impregnado en cada paso cuando vuelvo sola a mi casa, de que la próxima puedo ser yo (de nuevo).

Por generaciones

*Juliana Barnabé, Maria Laura Piotto Gonçalves
y Nelson Leonardo Paixão Krik*

¡Hace unos días escuché una historia interesante y necesito contársela a alguien! En una pequeña escuela había una niña llamada Ana, dulce y educada; Pedro, su amigo, también muy educado y estudioso; y Felipe, un niño un poco más travieso, todos estaban en el mismo rango de edad: unos siete años.

Durante el intervalo entre las clases, Pedro siempre se quedaba con sus amigos conversando y tomando la merienda, hasta que un día, mientras otros chicos jugaban a la pelota durante el recreo, Ana se acercó y les preguntó si también podía jugar. Pero Felipe no aceptaba que una niña jugara al fútbol pues para él, fútbol era cosa de chicos. Pedro, al observar toda esa situación no se conformó y se dirigió hasta donde estaba Felipe cuestionándolo sobre su actitud, diciéndole que estaba mal hacer eso, que el fútbol es un deporte para todos y no sólo para los varones. También le dijo que Ana podía jugar, sí, y que quien estaba errado era el propio Felipe.

La madre de Pedro, después de conocer su actitud ante los amigos, se sintió muy orgullosa, porque, a pesar de que él era muy joven, demostró que entendía que todos deben tener los mismos derechos y ser respetados sin importar el género. No sólo eso: él actuó para que se garantizara ese derecho, lo cual es muy significativo por ser aún un niño.

Hace aproximadamente cinco años, una mujer, inteligentísima consiguió el trabajo de sus sueños en una de las empresas más codiciadas de la ciudad donde vivía. Todos los días iba contenta al trabajo, había hecho muchos amigos allí. Sin embargo, incluso con tantas amistades, había algunos hombres que la despreciaban tanto a ella como a su trabajo pues estaban celosos de ver a una mujer logrando tanto éxito. A pesar de esto, su salario era menor que el de ellos, incluso en el mismo cargo.

Ella siempre fue muy trabajadora y dispuesta y no se desanimaría por esa situación. Estaba decidida a luchar para que las mujeres tuvieran garantizados sus derechos en igualdad de condiciones, por eso, fundó un movimiento en su comunidad que fue tomando fuerza y se extendió por toda la ciudad, no obstante, siempre fue un desafío convencer a las personas que todos somos iguales independientemente del género. Esta mujer es la madre de Pedro, Flavia, que al ver a su hijo luchando por los derechos de una mujer, sintió que su esfuerzo estaba valiendo la pena y dando sus frutos.

Ese día, Flavia vio que estaba en el camino correcto. Logró demostrarle a la gente que, si nuestros niños entienden desde pequeños que todos somos capaces, que todos merecen y deben ser respetados por igual, estaremos construyendo un mundo mejor, donde las mujeres tendrán su lugar en la sociedad, con la igualdad y el respeto que merecen.

Que tus derechos no sean un cuento

Agustina Rainaudo

En un paraje muy lejano llamado “Vos No Podés”, vivía una familia conformada por mamá, papá y dos hermanos: Sofía y Nicolás. Éstos últimos eran muy unidos, curiosos, chistosos, traviosos, atrevidos, soñadores y por sobre todas las cosas muy trabajadores. Una noche, Sofía no regresaba a su casa, los padres se inquietaron al notar su ausencia y empezaron a interrogar a Nicolás sobre su paradero. Éste les dice a sus padres que se había ido en busca de algo que había perdido, los padres seguían sin entender y les importaba saber dónde estaba. Los minutos pasaban y no había rastros, tampoco manera de comunicarse, ya que en ese paraje no había señal.

De repente se les ocurre ir hasta el paraje más próximo, llamado “No Te Rindas”, allí empezaron a interrogar a todas las personas con las que se iban encontrando a lo largo del camino y que vivían allí. Nadie pudo en principio identificar a la persona buscada, pero sí podían asociar la descripción con alguien que desde temprano daba vueltas en la calle como si persiguiera un sueño. De repente en una colina ven una silueta, se trataba de un habitante quien les dijo haber tenido contacto con esa persona, hacía unas pocas horas, y que le había contado sobre la idea que ésta tenía. Recordó que hablaba de sus deseos de una vida llena de aceptación, igualdad, respeto y participación.

Los padres se sorprendieron al escuchar esto y se entristecieron al comprender que a ese relato ellos lo desconocían. Finalmente entendieron que algo no andaba bien en la familia. A partir de ese momento decidieron volver a casa, esperanzados de encontrarse y dispuestos a abrir el corazón para lo que decidiera contarles su hija.

Ese día llegó, sus padres la esperaban en el comedor de la casa, y Sofía comenzó diciéndoles que no solo deseaba seguir trabajando junto a la familia sino que también deseaba jugar al fútbol y que anheló desde siempre ese momento, pero temía ser juzgada por las personas que la rodeaban y que esperaban otra cosa de ella, quienes en más de una oportunidad la juzgaron y no supieron escucharla. Habló también de los deseos ocultos de su hermano Nicolás quien sentía la presión de cumplir siempre el rol de varón que le habían asignado en la familia, y que ser modelo y diseñador de ropa era su mayor sueño.

Los padres con lágrimas en los ojos entendieron el mensaje y la lección que le dieron sus hijos: “no importa si sos varón o si sos mujer, todos merecemos ser escuchados y elegir aquello que nos haga feliz”.

Senzala, Casa Grande e Quilombo

Izabella Carneiro

Saiam, por volta das cinco, um grupo de noventa escravizados; os outros setenta já se punham ao lado de fora desde antes do dilúculo. Homens grandes, que após o teto baixo da senzala, esticavam as costas e os braços para o alto; bem como viam o arrebol e a beleza do céu, o qual, para eles, pouco vinha a significar. Sob o solo de terra batida posterior a Casa Grande, passavam charretes capengas, cavalos com pressa, e pés negros de canelas judiadas. O pouco de alegria e felicidade que podia existir por ali, encontrava-se no canto direito da senzala, encostado em um murinho de pedra fria, que ficava à esquerda da moenda.

Eram, nos primeiros dias, três meninas. Jana sendo a mais velha, da qual sua quietude não devia ser confundida com ingenuidade. Maria era a única branca dentre elas; filha do Senhor de Engenho e de mãos macias, que, com seus doze anos de idade, ainda não havia ousado relar uma única vez, em um grão de terra. Por último, havia Ceci, a menina do rosto sujo, que tinha o hábito de chorar pelo pai sofrido e esfregar as mãos encardidas nos olhos. Ao começo da manhã, brincavam de castelo e espada; e quando sumia o sol atrás dos montes a oeste, se divertiam com as folhas de cana resulta das lâminas dos facões do trabalho.

Surgiu, certa tarde, vindo do leste, um menino chamado Pedro, que acompanhou-as em suas brincadeiras as manhãs que se sucederam. Era filho do Senhor da fazenda vizinha, e frequen-

temente sua família vinha visitar a de Maria. A mão dela estava prometida a ele. E, como a menina contou em lágrimas certa vez, segundo as palavras de seu pai: “Mulheres servem para procriar. Mas só isso não basta, pois tem que fazer um bom casamento para valer a pena”. Pedro, embora sete anos mais velho do que as garotas, queria desposar Jana, a filha de um escravo. Mas quando de Jana nasceu o filho de um outro homem, ela foi obrigada a tornar-se ama de leite do irmão de Maria; e Pedro jamais apareceu por lá outra vez.

Simultâneo a isto, o pai de Ceci morreu a chicotadas dias antes de 13 de Maio de 1888, então restou a menina e a sua mãe o papel da liberdade e o enfrentamento de situações de desprezo e afronta. Refugiaram-se em uma comunidade quilombola indígena a oeste da mata, e Ceci, sendo cabocla, adaptou-se bem. No fim, Pedro casou-se com Maria, a pedido da família. Jana abandonou a fazenda assim que pode, e, reconhecendo o destino que teve suas amigas, tornou-se defensora dos direitos femininos, e fora morta por homens ignorantes e medrosos, que mal sabiam, o legado que cada uma destas mulheres, haveriam de deixar para o futuro.

Simples sueños, grandes cambios

Milagros Ruppel y Ezequiel Martínez Donaire

10 de enero

Querido Diario:

Este es mi primer escrito y qué no mejor manera de empezar que contando lo que me está pasando últimamente.

Estuve teniendo sueños todas estas noches... Y me di cuenta de que se conectan.

Todo comenzó con un sueño sobre una casa antigua en la que una mujer era maltratada por su esposo.

Al otro día, soñé con un palacio y una discusión entre un rey y su esposa, quien había dado a luz a una hija y que era asesinada sin el consentimiento de la madre, ya que, como me dijo mi profesora de historia, las mujeres no podían ser reinas.

La noche siguiente, tuve un sueño de un hombre, que era fuera del estereotipo, y a quien burlaban por no ser como los demás, y lo llamaban "niñita", algo que no debería ser un insulto.

Y ayer, soñé con las elecciones de épocas antiguas, y de cómo los hombres podían votar y las mujeres no.

Todos se tratan de la desigualdad y de la discriminación, y lamento no poder hacer nada para cambiarlo.

Veremos que sueño hoy...

Hasta mañana, Luca

11 de enero

Querido Diario:

Ayer por la noche soñé cómo una joven iba en pantalones y, como en esa época eso era considerado solo para hombres, el profesor la azotaba. Al ver esta situación me paré y di un pequeño discurso de por qué pensaba que eso estaba mal. Todos se me quedaron mirando.

Y eso, sorprendentemente tuvo frutos. Al llegar al colegio pude presenciar cómo mis compañeras estaban vestidas con una pollera bastante corta, pero nadie les decía nada. Y eso es raro, ya que en el reglamento del colegio dice que la pollera tiene que estar por debajo de las rodillas. También vi como en el uniforme del colegio habían agregado pantalones para las chicas, además de shorts.

Luca fuera

16 de enero

Querido Diario:

Estoy muy contento porque pude hacer algunos cambios en mi entorno a través de mis acciones en mis sueños.

Cuando soñé con unas jóvenes que querían participar en un deporte organizado por sus compañeros y que eran excluidas por ellos, hice que rehicieran los equipos para que las mujeres pudieran participar. Esto hizo que mis compañeras fueran incluidas naturalmente por los varones en los equipos de fútbol.

Y también soñé que unas mujeres de otra raza y religión estaban paseando por la calle y unos hombres las empezaron a abuchear y maldecir por ser diferentes. Entonces lo que hice fue darles una lección. Les dije que se pongan en su lugar y que las traten con respeto.

Ahora me doy cuenta, que una persona normal como yo, puede cambiar las cosas. Que no importa si una acción es pequeña o grande, todas aportan. Y que no importa quién o cómo sos, puedes ayudar si querés. Todos somos iguales, humanos, y deberíamos ser tratados como tales sin importar qué. Espero que alguna vez alguien lea esto y le sirva para hacer el bien.

Nos vemos, Luca

Sin miedo

Joana Belén Macedo Aguiar

Hoy les voy a contar mi historia, van a conocer lo que es vivir lo no esperado.

Todo comenzó con una mirada, de esas miradas que te quedan grabadas, no sé cómo explicar lo lindo que se sentía, pero no sabía que ese sería el fin de mi tranquilidad, que no podría ni verme al espejo, que todo lo que tenía lo perdería.

Al principio todo era como me lo imaginaba, perfecto, tomamos la decisión de irnos a vivir juntos, de formar nuestro rinconcito de amor y así fue, él trabajaba y yo estudiaba, no me iba muy bien, pero él me ayudaba. Hasta que comenzó a cambiar y mi Rey se transformó en una persona desconocida, empezó con cosas irrelevantes, al principio no le di importancia, hasta que me di cuenta que estaba mal, pero lo quería y no lo iba a dejar ir.

Al cumplir cuatro meses me despertó con el desayuno en la cama, un desayuno de esos que enamoran, más tarde salimos, fuimos a la casa de mis padres a almorzar, comimos, reímos, era perfecto, hasta que él cambió y nos fuimos, al llegar a nuestra casa todo estaba mal, empezó con reclamos, gritos, golpes en la mesa, hasta que me tiró contra una ventana, me pegó y me dejó en el piso y luego se fue como si no hubiese ocurrido nada.

Al otro día fui al Liceo, mis compañeras se dieron cuenta de que estaba mal y le dijeron a la Adscripta que algo pasaba y me

mandaron a hablar con la Psicóloga, pero yo tenía miedo y no dije nada.

Pasaron los días y volvió a hacer lo mismo, a levantarme la mano, a hacerme sentir poca cosa, traté de hablar con él, una y mil veces pero no me escuchaba, no quería darse cuenta que me estaba lastimando, celos desmedidos si saludaba a alguien, me apartó de mis amigas, controlaba mi forma de vestir, todo le molestaba y terminaba en más golpes, golpes que arreglaba con un perdón, un beso o un te amo.

Él consumía para tranquilizarse y me llevó a hacerlo y mi miedo era tal que lo veía como un escape, mi cuerpo se deterioraba, ya no me reconocía, había dejado de ser yo, lo había perdido todo.

Gracias a las palabras certeras de la Psicóloga, a mis amigas y familia que no se dieron por vencidos y me ayudaron a buscar una salida a todo aquel calvario, y encontramos un nuevo lugar para irme a estudiar, un lugar donde se convivía, una Escuela con régimen de internado, donde desde que estoy ahí mi vida cambió, volvió mi tranquilidad, mi alegría, con compañeros entrañables y referentes que siempre están dispuestos a ayudarte, a apoyarte incondicionalmente, donde he podido olvidar, vivir sin miedo.

Hoy puedo decir que estoy bien, estoy feliz, rodeada de gente maravillosa que me cuida y acompaña siempre, gente que me hace sentir segura y que me quiere como soy.

Todas juntas

Sofía Moreiro

A los once años de edad mi familia y yo nos tuvimos que mudar a otra ciudad porque a mi padre le ofrecieron una propuesta de trabajo como administrador en una empresa metalúrgica. Esta propuesta incluía una mejor paga y una beca en una escuela técnica mixta.

Yo siempre fui a una escuela católica exclusiva para mujeres, lo opuesto a una técnica. Jamás interactué con un hombre que no fuera de mi familia, algún cura o Jesús, aunque después me distancié de la religión. Esa era mi preocupación, no saber interactuar con ellos, aunque habría mujeres también.

Lo primero que hice fue hablar con mis amigas de cómo hablar con los chicos.

—No hables de cosas de chicas como tejer, arreglarse el cabello— eso fue lo que me dijeron.

También hablé con mi madre:

—Hija, es fácil hablar con los chicos, solo tienes que seguir la regla de BCS, que significa Bonita, Callada y Sonriente— este último consejo no me pareció bueno, por lo tanto decidí no hablar de cosas de chicas, estar bonita y sonriente.

Luego de tres meses de incertidumbre, llegó el día de empezar la escuela técnica. Me preparé para ir linda con una vincha azul y con una sonrisa encantadora, el uniforme era una pollera

por las rodillas, que en invierno eran infernales, un saco de vestir, una camisa blanca y una corbata, todo gris.

Al entrar veo que la escuela era completamente celeste, con escaleras de madera, veo que en la puerta estaba el director, un hombre alto, calvo que generaba miedo solo con mirarlo

—Hola usted será la alumna, Martínez, ¿verdad?

—Soy yo— respondí.

—¿Cómo se siente ser la única chiquilla en esta escuela? - dijo con un tono arrogante.

—¿No hay ninguna otra chica?— pregunté.

—No, no son lo suficientemente capaces de aguantar esta prestigiosa escuela— un sudor frío recorrió mi espalda mientras que me llenaba de rabia, no podía entender porque me estaba diciendo que una mujer no podría soportar algo porque soy mujer.

Así fueron todos mis compañeros hasta me encerraron en el baño de chicas que lo usaba yo sola, eran ruines conmigo, también los profesores, que eran machistas, me preguntaban si tenía problemas de aprendizaje porque como soy mujer no podía entender. Una vez intente explicarles porque las mujeres y los hombres merecían los mismos derechos, pero solo logre empeorar las cosas, ya nadie me hablaba, estaba sola y los profesores me desaprobaban. Todo siguió igual hasta que otras chicas empezaron a cursar conmigo, juntas nos apoyábamos entre nosotras, luego de una larga lucha explicando porque somos todos iguales, todas juntas logramos igualdad entre los hombres y las mujeres. Nos dimos cuenta que todas juntas éramos fuertes y podríamos lograr lo imposible, pero siempre tendríamos que estar unidas.

Transformando Olhares

Cecilia Barreto Pontes

A filha da lavadeira da vila tinha os olhos mais brilhantes de todos. E eles nunca paravam em um só lugar. Sempre perguntando, ela descobria novas palavras: divertidas, gentis, amorosas, que ela guardava com carinho num caderninho, escondido em seu quarto. Mesmo que seu destino fosse a inferioridade social, como a mãe, a curiosidade em busca de palavras a fazia sonhar.

Um dia, uma nova figura apareceu na praça do vilarejo. Um homem com chapéu de pena e um instrumento de cordas. Alguém com um apreço tão grande pelas palavras, que as ensinou a dançar. A menina, ao conhecê-lo, não teve outra reação, senão a de puro entusiasmo. Foi ele quem lhe ensinou que palavras podem dançar como as pessoas o fazem.

Agora, a atenção era voltada unicamente àquele estranho, e àquelas palavras novas, amigas do homem. O seu caderno começou a ser trazido à praça e recheado de novas danças, foi se molhando um palco de apresentações espetaculares. Mas, a menina queria mostrar as suas performances para o mundo.

Então, durante uma apresentação do moço, a menina cantou o que escrevera. Ainda que fossem poucos versos, ela divertiu-se ao fazê-lo. Entretanto, os olhares que recebeu foram completamente diferentes dos que esperava. Olhos incomodados, confusos, irritados, fitaram-lhe, faziam-na sentir se errada. Parecia que tinha feito algo proibido.

Já em casa, a menina encarou outro olhar ruim, o de sua mãe. As únicas que a acolheram foram as palavras-amigas. Porém, a tempestade ainda não se fora. Batidas ecoaram na porta e o dono bigodudo da taberna era quem a esperava. Suas palavras eram impiedosas, faziam-na sentir-se inferior. Todavia, o golpe de misericórdia aconteceu quando viu o caderno. Ele o tirou sem muito esforço da menina e, como forma de aviso, arrancou as folhas, que foram levadas pela ventania, assim como a felicidade da menina. Entretanto, ela não deixaria tão fácil assim.

No dia seguinte, montou seu plano de ação e logo colocou em prática. As palavras da menina tinham ido embora, contudo não a haviam abandonado. Então, por todos os cantos, ela procurou pelas páginas perdidas. Pouco a pouco, seu caderninho era reconstruído, cautelosamente. Não demorou tanto a tê-lo quase completo novamente. Agora, só faltava a última parte.

No dia planejado, a garota insistiu com a mãe para ir à taberna, com a promessa de que era para se desculpar pela vez que cantara na praça. Então, com permissão da mãe, ela foi, para completar seu objetivo. O restaurante estava lotado. Ela reuniu coragem e subiu em uma mesa. Tirou seu caderno precioso, e suas palavras-amigas. E cantou.

Dessa vez, quando os olhares vieram, ela não parou. Continuou até que cada pessoa se rendesse à canção, de uma menina, futura mulher; até que ninguém mais ousasse rasgar suas amigas-palavras; até que, finalmente compreendessem que, assim como um homem, ela poderia cantar. A taberna tornou-se um grande baile e até mesmo o dono parecia se divertir. Os olhares, antes indignados, agora seguiam a menina maravilhados, por sua força e representatividade.

Una lucha de todos los días

Clara Cagnoli, Franca Strobel y Sofía Velázquez

Hacía frío, me estaba tapando con una manta para que mi papá no me encuentre, hace una hora que los escuchaba peleando abajo. Rato más tarde, todo se puso peor, escuché a mi padre subiendo las escaleras, ya no sabía dónde ocultarme, las mantas ya no me hacían sentir segura.

Al día siguiente bajé al comedor y como siempre estaba mamá haciendo el desayuno, con moretones en la cara, no me sorprendía. Desde que me volví una chica mi padre se ha vuelto loco y dice que jamás me tratará como a alguien normal, que se avergüenza de mí y de que no haya salido como las demás personas, queriendo ser como nacieron. En cuanto a mamá, no es la excepción, creía que sería diferente. Me sentía culpable por ser un hombre como mi papá, tal vez un día podría herirla como él lo hace. Entonces ¿Por qué me odia?

Fui al liceo, otra vez con moretones, otra vez siendo el centro de la atención, el centro de las burlas. Fiorella ya no me habla, se me declaró en mayo, como se estaba sincerando y me sentía segura, le dije que me sentía chica la misma tarde. Nunca más me habló. Ya no tengo razones para ir al liceo. De todas formas, graduarme del bachillerato como trans es complicado. Pero prefiero esto a quedarme en casa.

De nuevo, retrasé la llegada a casa tanto como pude, sabía que iba a ser feo, pero jamás imaginé lo que iba a pasar.

Estaba a punto de entrar cuando escuché los gritos desde afuera. Me di cuenta que no estaba preparada para soportar lo que fuera que pasaba allí dentro. Me senté, apoyándome debajo de la ventana. De repente, un jarrón rompió el vidrio de esta. Pequeños pedazos de vidrio se clavaron en mí. Me levanté y visualicé por el agujero del ventanal a mi padre, agarrando violentamente de los pelos a mi madre mientras su cabeza sangraba sin parar. Ya no lo soportaba. Entré a mi casa y comencé a gritarle a mi padre. Sabía lo que me iba a pasar, pero si me iba a ocurrir de todas formas, quería luchar por ello.

El hombre la soltó, se dirigió a mi violentamente y me tiró contra la pared, pero mis insultos no cesaban. Mi madre, arrastrándose por el piso, me rogó que parara. Y en el medio de los gritos, logré escuchar claramente su voz: “Sos una mujer, ¿no? Entonces acostúmbtrate a estas cosas. Así es para nosotras”.

Ante las palabras de mi madre, no sabía si sentirme feliz o triste. Ya era mucho para mí, me dolía todo el cuerpo, y me costaba respirar, ya no podía pronunciar ninguna palabra, en ese momento escucho que mi madre me dice que me mueva y al darme vuelta veo a mi padre con un cuchillo ensangrentado y ahí lo sentí, un dolor punzante en mi abdomen, supe que era mi fin. Ahora estando muerta me pregunto ¿Debí quedarme como hombre?

Valió la pena

Clara Abiuso

El mayor tesoro de Camila Benedetto es la relación con su abuelo. Ambos son fanáticos del fútbol. El legado más valioso de los Benedetto es ser hincha de su equipo.

Los domingos son, contra toda lógica, sus días favoritos, ya que con su abuelo miran el partido del día. Toda la semana espera con ansias el momento de vestirse con sus colores preferidos y disfrutar el evento juntos.

Tristemente, el padre de Camila no aprueba que ella vea fútbol. Cree que es una falta de respeto para el deporte, que es ridículo que a una niña se le ocurra ser hincha de su equipo.

Recuerda que una vez, cuando era chica, él le preguntó a qué quería dedicarse. Ella le respondió “futbolista”, con una sonrisa que dejaba al descubierto unos pequeños y redondos dientes, ubicados en una joven boca que sólo sabía hablar de sueños. La cara de su padre se transformó completamente: los hoyuelos que lo caracterizaban se desvanecieron. Le dijo:

—Esas ideas no pueden cruzarse por tu cabeza. Vos sabés que no es tu lugar. No servís para esas cosas. Nunca superarás a tu hermano.

Ya pasaron diez años. Desde entonces, no menciona la palabra “fútbol” frente a él. Le duele, ya que es parte de ella. Sin embargo, aprendió a vivir con eso.

Su vida es rutinaria y lineal, sin inconvenientes.

Sin inconvenientes, hasta que oye una noticia que lo cambia todo: su abuelo enferma. Lloro desconsoladamente día y noche preguntándose si es justo tener los días con su mejor amigo contados.

Entonces idea un plan. Es arriesgado y duro. Pero su abuelo se merece todo y ella está dispuesta a dárselo.

Secretamente, se anota en un pequeño club. Todos los días, luego del colegio, va en bicicleta a entrenar. Como nadie puede pagarlo, comienza a trabajar para financiar su plan. Con el tiempo logra equilibrar el colegio, el deporte y el trabajo.

Llega el día en el que lleva a su abuelo a un lugar especial. Al llegar, no puede creer estar ahí: frente a él se encuentra el legendario estadio de su club, donde tantas alegrías vivió en un tiempo muy lejano.

Ni bien se sientan, Camila le dice que se va a ir por un momento. Él nunca podría haber imaginado lo que estaba por suceder.

Ve desde su lugar al plantel entrar a la cancha. No entiende si su vista le está fallando o si realmente está su nieta entre ellas. Ansioso, espera a que el partido inicie para confirmarlo.

Presencia un juego muy intenso y parejo. En el último minuto, una ágil jugadora mete el gol victorioso. La autora del punto se da vuelta, lo mira a los ojos y le dedica la más grande sonrisa jamás vista, con los mismos redondos dientes. Cuando Camila Benedetto ve que su abuelo le responde con dulces lágrimas de emoción, comprende que todo el sacrificio valió la pena.

Volar alto

Santino Bernacchi

Desde que tuvo uso de razón, Clara siempre quiso dedicarse a la aviación. Quizás influyó en este deseo que naciera y viviera toda su infancia y adolescencia en una casa enfrente al aeropuerto internacional, o quizás fue simplemente un mero acto de la casualidad o del destino. Lo cierto es que ese siempre fue su sueño. Nunca pensó, como sus amigas, en ser abogada, médica, economista o empresaria, siempre quiso volar.

Al graduarse de la secundaria, Clara comenzó a tomar clases en una escuela de aviación, adyacente al aeropuerto que ella tanto conocía. Las clases le costaban a su padre, Rodolfo, noches enteras de sueño, pues tuvo que trabajar doble jornada y hacer incansables guardias en el hospital en el que trabajaba para poder costear las clases.

Un 26 de mayo su vida cambió. Ese día, el día que la echaron del simulador, sintió rabia; estaba indignada y no podía comprender como por error de otro, y como por un acomodo, por una ventaja, había sido ella, que tanta dedicación y empeño le había puesto a prepararse y pasar el examen, la que había sido no solo reprobada, sino echada del lugar. Ese chico, desconocido para ella, la había culpado e involucrado en el incidente, aún sabiendo que ella no tenía nada que ver. La falta de moral y ética del chico fue impresionante.

Cuando llegó a su casa esa tarde se encerró en su cuarto y comenzó a llorar desconsoladamente. Pensaba que todo había sido en vano, todo el esfuerzo y la dedicación, y por un momento, creyó ver su sueño truncado. Pero ese sentimiento no duró mucho. Sintió el ruido de la puerta abriéndose.

Al llegar su madre y decirle esas palabras, comprendió que solo dependía de ella llegar, de sus ganas, de su dedicación y de su esfuerzo, comprendió que ningún pero iba a frenarla, que no iba a resignarse a quedarse en un lugar cómodo y apostar a lo seguro, como había hecho tantos años atrás su madre. Fue gracias a ella que lo comprendió, y eso se lo agradece infinitamente hasta el día de hoy.

Clara despertó de su siesta en el compartimento de descanso de la cabina, se lavó la cara y fue hacia la cabina de mando a relevar a su compañero, el crepúsculo se hacía presente sobre el mar del norte y encandilaba los ojos de todos los presentes. Al ver ese atardecer, a 11.000 metros de altura, Clara comprendió que todo el esfuerzo, toda la dedicación y todo el compromiso dieron sus frutos. Fueron muchos los que la acompañaron en su lucha, los que creyeron, al igual que ella, que lo más importante que tenemos es nuestra libertad, la cual nos permite hacer lo que nosotros deseamos, y hacerlo bien, y por más que esa libertad quiera ser restringida o denegada, por una razón u otra, siempre subsiste, siempre se superpone, porque es parte del espíritu humano luchar por la libertad y por lo que creemos justo.

Acerca de las autoras y los autores

Abhay. Sin miedo

Román Arce Ferreyra

Estudiante del Instituto Privado 9 de Julio
Morteros, Córdoba, Argentina

Artemisa

Delfina Cuevas González

Estudiante del Colegio Central Universitario Mariano Moreno
San Juan, Argentina

Comodidades extinguidas

Lola Paz Kornhauser

Estudiante de ORT Belgrano
Ciudad de Buenos Aires, Argentina

Confusión de los primeros años

Catalina Molinari

Estudiante del Colegio y Liceo Atahualpa
Montevideo, Uruguay

De todos modos

Lina Teresita Armoa Chávez

Estudiante del Colegio Nacional Santa Ana
Ciudad del Este, Alto Paraná, Paraguay

Deixe a cabra viver

Patenopy Gama Guimarães

Estudiante del Colégio Universo
Praia Grande, San Pablo, Brasil

Dificultades de una mujer de campo

Mario Sergio Libardi Galli, Sofia Gimenez Balistieri y Caio Marques Bertolucci
Estudiantes del Centro Educacional Terras do Engenho
Piracicaba, San Pablo, Brasil



El anhelo de los sueños

Aixa Noelia Miño

Estudiante del Instituto María Auxiliadora
Buenos Aires, Argentina

El café de la empresa

Lethícia Pacheco Justo, Nathália Pacheco Justo y Sofia Zem Hussar

Estudiantes del Centro Educacional Terras do Engenho
Piracicaba, San Pablo, Brasil

Ella

Manuela Mutis

Estudiante del Colegio Northlands
Buenos Aires, Argentina

Então, você tem filhos?

Joyce Maravilha Gomes da Silva

Estudiantes del Colégio Pedro II
Río de Janeiro, Brasil

Es hora de dejarme ir

Penélope Paz Rubido Cuadro

Estudiante de la Escuela Agraria "Carmen Piñeyro de Tapié"
San Ramón, Uruguay

Hago esto por ustedes

Melissa Aylén Ricart

Estudiante de la Escuela secundaria "Javier Tapié"
Buenos Aires, Argentina

Invitación


Julia Cerruti

Estudiante del Liceo Atahualpa
Montevideo, Uruguay

La fábrica de muñecas

Maité Jones Capello

Estudiante del Colegio San Pablo
Rivadavia, San Juan, Argentina



Las viejas leyendas de la abuela

Federico Fernández Geller
Colegio Northlands
Buenos Aires, Argentina

Mañana sé que será mejor

Tirsa Juliana Fernández Giménez
Estudiante del Colegio Nacional Santa Ana
Ciudad del Este, Alto Paraná, Paraguay

No fue mi culpa

Carmela Trejo Rodríguez
Estudiante de la Escuela Superior de Comercio Manuel Belgrano
Córdoba, Argentina

Por generaciones

Juliana Barnabé, Maria Laura Piotto Gonçalves y Nelson Leonardo Paixão Krik
Estudiantes del Centro Educacional Terras do Engenho"
San Pablo, Brasil

Que tus derechos no sean un cuento

Agustina Rainaud
Estudiante del Instituto Privado 9 de Julio
Morteros, Córdoba, Argentina

Senzala, Casa Grande e Quilombo

Izabella Carneiro
Estudiante de Univap Aquarius
São José dos Campos, Brasil

Simples sueños, grandes cambios

Milagros Ruppel y Ezequiel Martínez Donaire
Estudiantes del Instituto Pedro Poveda
Buenos Aires, Argentina

Sin miedo

Joana Belén Macedo Aguiar
Estudiante de la Escuela Agraria "Carmen Piñeyro de Tapié"
San Ramón, Canelones, Uruguay



Todas juntas

Sofía Moreiro

Estudiante de Hölters Natur
Los Cardales, Buenos Aires, Argentina

Transformando Olhares

Cecília Barreto Pontes

Estudiante del Colégio Santa Catarina de Sena
Belém, Pará, Brasil

Tres cuadras

Luna Morena Pallás Spaccesi

Estudiante del Instituto Juan Zorrilla de San Martín
Córdoba, Argentina

Un nuevo despertar

Evelyn De Jesús Aguilera Rivas

Estudiante del Colegio Nacional Santa Ana
Ciudad del Este, Alto Paraná, Paraguay

Una lucha de todos los días

Clara Cagnoli, Sofía Velázquez y Franca Strobel

Estudiantes del Colegio y liceo Atahualpa
Montevideo, Uruguay

Valió la pena

Clara Abiuso

Estudiante del Colegio Esquiú
Ciudad de Buenos Aires, Argentina

Volar alto

Santino Bernacchi

Estudiante del Colegio Northlands
Buenos Aires, Argentina



MERCOSUR

RAADH

Reunión de Altas
Autoridades sobre
Derechos Humanos



MERCOSUR

IPPDH

Instituto de Políticas Públicas
en Derechos Humanos

